

LA CRÓNICA DE VILLARRICA

Jacques Aprile-Gniset



Jefes Militares de la zona de operaciones militares, inspeccionando las montañas

Hasta donde la memoria me puede ser fiel, es con mucho gusto que le puedo relatar este aspecto de la lucha del movimiento agrario en nuestro país. Tú sabes que en el año de 1953, el 13 de junio, se produce el golpe militar del general Rojas Pinilla, y el desplazamiento, digo yo aparente, del gobierno conservador, presidido primero por Ospina Pérez, luego por Laureano Gómez, y después por

mente anteriores, él sabía que el pueblo colombiano estaba cansado de la violencia. Y lógicamente era una violencia en la cual los de abajo habían recibido los golpes de los de arriba, me refiero a términos de clases. Los trabajadores de la ciudad y del campo habían sido golpeados fuertemente por la reacción. Una reacción, no diría yo conservadora, sino de la oligarquía, es decir de la gran burguesía y de los

este gobierno que cayó el 13 de junio. Entonces Rojas Pinilla, interpretando muy hábilmente en aquel momento este sentimiento del pueblo, llamó a la concordia y se asesoró de los medios de comunicación de masas, escritos y hablados, pertenecientes a ambos partidos. Y éstos le colaboraron de muy buen grado, para desmontar al movimiento guerrillero que en aquel momento tenía como 47 o 48 frentes regados en todo el país. Y comenzaban a pasar a una ofensiva que de haber continuado hubiera desestabilizado en corto tiempo al gobierno de entonces. Eran cerca de 50 frentes, varios en los Llanos Orientales, varios en Antioquia, otros en el Magdalena Medio varios en Santander. Otros en el Tolima, en el norte, en el centro y en el sur. Había frentes en Cundinamarca, en el Valle, y en otros lugares del país.

Las guerrillas liberales que habían sido organizadas algunas por iniciativa de los jefes de este Partido, y otras como reacción contra la violencia, se habían ido al monte, pero conservando sus sentimientos liberales y el acatamiento a las leyes de su partido. Estas guerrillas fueron las



Universidad del Valle

Jacques Aprile-Gnisset recupera la memoria de las víctimas de lo que se recordaría como la “guerra de Villarrica”, la serie de operaciones de las que desde abril de 1955 es objeto el oriente del Tolima, que tenía como foco la población de Villarrica, y que comprendía la floreciente zona agrícola del Sumapaz, Cunday, Pandi, Icononzo, Viotá, Cabrera, Prado, Natagaima, Dolores o La Colonia. Como señala el autor, desde su génesis, hacia 1925, hasta su epílogo, antes de 1960, el caso de Villarrica ilustra el proceso y la trayectoria de la colonización cafetera de baldíos de vertientes en Colombia, sus conflictos, pero por las formas de organización y resistencia campesina consolidadas en esta zona, partirá en dos la historia de los conflictos sociales agrarios. Son doce testimonios de personas que vivieron la pesadilla de uno de los primeros y más grandes desplazamientos forzados en Colombia. Es la historia de la larga marcha de miles de desplazados, atravesando la cordillera hacia la vertiente de la Orinoquía y la Amazonía; es la historia de las formas de resistencia, de niños dispersados por distintos sitios; es la historia olvidada de la “guerra de Rojas”, como algunos de los testigos la llaman y donde se utilizaría hasta napalm. Historia de un hecho de efecto nacional, aunque casi ignorado, y que a través de estos testimonios sobreviviría, pues como lo afirma uno de los entrevistados: “La verdadera historia no está en los libros, está en nuestra memoria”.

La crónica de Villarrica permite conocer en las palabras de sus protagonistas un momento de la historia clave para entender la evolución posterior del largo conflicto armado que se ha comprometido a superar el país, y que como uno de sus testigos señala: “Todo eso lo cuenta uno, pero como si fuera un sueño; como un sueño que uno recuerda por la mañana. Parece que todo fue soñado, que no fue más que un sueño...”

Francisco Ramírez Potes



2ª edición

LA CRÓNICA --- DE VILLARRICA



Colección Artes y Humanidades
Historia e Investigación

Aprile-Gnisset, Jacques, 1931-2014.

La crónica de Villarrica / Jacques Aprile-Gnisset. -- Cali:
Programa Editorial Universidad del Valle, 2018.

252 páginas; 24 cm. -- (Colección Artes y Humanidades -
Historia e investigación)

Incluye índice de contenido

1. Violencia - Relatos personales - Villarrica (Tolima,
Colombia) 2. Violencia política - Colombia 3. Víctimas de la
violencia - Colombia I. Tit. II. Serie.

303.6 cd 21

A1598831

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: La Crónica de Villarrica

Autor: Jacques Aprile-Gnisset

ISBN: 978-958-765-822-4

ISBN-PDF: 978-958-765-823-1

ISBN-EPUB: 978-958-507-016-5

DOI: 10.25100/peu.7658224

Colección: Artes y Humanidades - Historia e Investigación

Segunda edición

© Universidad del Valle

© Jacques Aprile-Gnisset

Diagramación: Sara Isabel Solarte Espinosa

Este libro, salvo las excepciones previstas por la Ley, no puede ser reproducido por ningún medio sin previa autorización escrita por la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es responsable del respeto a los derechos de autor del material contenido en la publicación, Razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, marzo de 2019

2ª edición

LA CRÓNICA --- DE VILLARRICA

Jacques Aprile-Gnisset



Colección Artes y Humanidades

Historia e Investigación

JACQUES APRILE-GNISET

Estudió en el Instituto de Urbanismo de París (1952-1954). Se vinculó a la Agencia de Cooperación Técnica de Relaciones Exteriores de Francia. Trabajó en el Plan para Addis Abeba (Etiopía, 1962-1964). Se vinculó a la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá (1966-1969), contribuyendo a la conformación del Departamento de Urbanismo, y posteriormente a la sede de Medellín (1970). Trabajó en Luanda (ciudad que debió abandonar en medio del conflicto de la independencia de Angola). A su regreso a Colombia, en 1973, se vincula de nuevo a la enseñanza universitaria en Bogotá y Medellín, donde trabajaría en el Plan Metropolitano del Valle de Aburrá, hasta que en 1976 se vinculó al Departamento de Planificación de la Facultad de Arquitectura de la Universidad del Valle en Cali, y a la que se mantendría vinculado, aún después de jubilarse, como investigador del Centro de Investigaciones en Territorio, Construcción y Espacio (CITCE). Novelista (*Impasse des miracles*, 1972), cronista de viajes (*Colombie*, 1971), pintor y fotógrafo. Entre sus publicaciones académicas se encuentran *La urbanización en Colombia* (1977); *Dos ensayos sobre la ciudad colombiana* (1978); *Urbanización y violencia en el Valle* (1980); *Clases, segregación y barrios* (1984); *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá* (1983); *La crónica de Villarrica* (1991); *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico* (Universidad del Valle, 1993); *Modelos de planeamiento y diseño para las aldeas del Pacífico* (1993); *Hábitats y sociedades del Pacífico* (1999, 2001, 2006); *Los pueblos negros caucanos y la fundación de Puerto Tejada* (Gobernación del Valle, 1994); *Génesis de Barrancabermeja* (1997); *Notas sobre la fundación de Tuluá* (2010).

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

«Entonces nos internamos en el monte e hicimos caletas, cocinando de noche. Si uno cocinaba de día, enseguida llegaban los aviones a bombardear o a ametrallar. Me acuerdo que después fuimos a dar a Santa Marta, una vereda en campo abierto, cerca de Cabrera, y que había hartas familias refugiadas en este lugar. Durante la subida a Santa Marta nos perdimos todos como le dije y fue cuando mi abuelo quedó aislado, con otros vecinos. Entonces le dio «el guayabo «y la pena moral

«Todo eso lo cuenta uno pero como si fuera un sueño, como un sueño que uno recuerda por la mañanita. Parece que todo fue soñado, que no fue más que un sueño...»

He allí las palabras finales de uno de los 12 testimonios de esta «Crónica de Villarrica» que ahora presentamos al lector como primer premio del Concurso de Memorialistas de la revista OPCION e ILSA.

Premio ante todo como memoria humana individual, porque cada uno de los doce documentos presentados en este trabajo es una pequeña biografía calcinante de un campesino, de un guerrillero, de una maestra o de alguno que no alcanzó a tener oficio o profesión distinta de la vorágine de la guerra.

Teresa, la narradora, aquí lo dice. «Fue un sueño que uno recuerda por la mañanita». Porque no era la vida, no era el pasado, no fue el afán o el amor de cada día, el crecer con los padres, juntando año tras año, el pan, el trabajo cotidiano, hacer la finca, hacer la otra finca, hacer el mundo. No. Fue el

sueño, fue lo irreal, la ruptura Un torbellino arrasador, la negación de todo. Soñar despierto, soñar la más terrible pesadilla. «Un sueño que uno recuerda» cuando vuelve a la vida, a la cotidianidad, a diferenciarla «mañanita» o la madrugada de la noche interminable.

Hay testimonios duros, planos, hechos como tallando bloques, tal el inicial, del comandante Baltazar Fernández, labrada la memoria con la tenaz visión del utopista

Pero también y son los relatos a la intemperie, que sólo muestran la herida, la huella del crimen. Dice «Gerardo»:

Esta matanza de Bateas fue en el 49, los conservadores asesinaron a 48 personas en la vereda y nos tocó irnos. La noche del asesinato, de la matanza, esta noche yo estaba donde mis abuelos, haciendo unas quemas en la finca, en la vereda Los Ángeles. Pero toda esta gente fue asesinada en Bateas donde vivíamos. Los que nos salvamos fue que nos dimos cuenta con anticipación de los incendios y huimos unos pocos. Allí mataron desde niños recién nacidos hasta ancianos, todo lo que encontraron allá en esa vereda lo mataron.

Es la *memoria individual*, el testigo que declara en el juicio:

Yo vi... la matanza grande, mejor dicho una masacre en masa, con gente recogida del páramo, tanto hombres como mujeres... Mi papá me contaba que era el segundo en la fila y cayó muerto con todos, pero sano...

Y sin embargo, es a la vez una *memoria colectiva*, lo cual en realidad constituye un mérito excepcional de este texto, el cual el jurado evaluó con especial reconocimiento. Porque se trata de un cruce de biografías muy humanas, muy en el alma de cada uno, de cada confidente, que se integran en la historia o mejor en la antihistoria, en la tragedia de todo un pueblo:» Villarrica «, Sumapaz, Pato, toda la vertiente oriental del alto Magdalena colombiano.

Es la historia de la resistencia, de la “cortina” de la guerra de posiciones, realmente inverosímil, meses enteros un grupo de desharrapados, contra 9000 hombres con tanques de artillería y aviones, inventando armas artesanales:

Arma estratégica de los campesinos era los famosos catalicones. Era un tubo de acueducto más o menos de 3 o 4 pulgadas, según el material que se encontraba. Ese pedazo de tubo, de uno cincuenta y hasta dos metros, se le soldaba un extremo, dejando un hueco para introducir una mecha de dinamita. Se llenaba una parte con pólvora blanca o pólvora negra, de esa

de cacería, de las comunes, 3F o 2F. Se le echaba un paquete, o dos, o cinco, a ese tubo. Se calzaba bien con fique, y se trituraba todo tipo de hierro disponible, así que hubiera que partir molinos, puntillas, alambre de púas recortado, hasta tener dos o tres libras de carga, y se llenaba prácticamente. Cuando todo eso estaba listo, se amarraba el tubo a un árbol y se enfocaba hacia el sitio donde se presentía que iba a llegar una columna. Entonces se le metía candela. Al principio fue un arma aterradora para la fuerza pública. Porque derribaba todo, maleza y todo lo que encontraba por delante.

Y, sobre todo, es la historia de la derrota, de la larga marcha de millares de familias selva adentro, trasmontando la cordillera hacia la vertiente de la Orinoquía y la Amazonia.

La «Crónica de Villarrica» es todo esto: Una serie de memorias individuales, profundamente humanas, extrañas memorias de combatientes, de gentes que estaban educadas por el «Partido» y por la clandestinidad para olvidar, para no recordar, para no retener sino lo que era absolutamente necesario. Memorias no de una realidad sino de una anti-realidad, de un sueño, de una pesadilla. Y es a la vez la memoria colectiva de un tramo de la historia de «La Violencia en Colombia». Es el testimonio de la «guerra de Rojas» o sea la resistencia armada a la dictadura militar en los años cincuenta.

Pero ante todo y en una tercera instancia, la «Crónica de Villarrica», reflejada en este libro, no es ya sólo un conjunto de memorias individuales que se integran como memoria colectiva, como en una novela de William Faulkner; sino que alcanza la dimensión de la historia nacional.

Es la obra de hoy y de ayer; del siglo XIX y del siglo XX, la crónica de la eterna guerra que siempre ha obrado como la fragua de dominio del bipartidismo liberal-conservador. De manera que cada página que uno vuelve en esta «crónica» tiene un peso de siglos.

Y su edición ahora, como primer premio del Concurso Nacional de Memorialistas «Raúl Eduardo Mahecha», es oportuna. Porque estamos llegando al momento en el cual se demuestra que esta lucha no fue en vano, que valió la pena tomar las armas en Villarrica y muchas veces más: el momento en el cual la constitución de un Estado nuevo es el escenario de un tratado de paz con los alzados en armas.

Nicolas Buenaventura
Jurado del Concurso

CONTENIDO

PREFACIO	13
INTRODUCCIÓN	15
VILLARRICA, MODELO Y EXCEPCIÓN.	15
¿CUÁL HISTORIA?	17
EL CALEIDOSCOPIO	19

TESTIMONIOS

COMANDANTE BALTAZAR FERNÁNDEZ	23
GERARDO	31
TERESA.	39
COMANDANTE “ACOSTA”.	45
PEDRO	51
MANUEL “CHARRO NEGRO”	97
MARÍA	111
RICARDO “CANTINERO”	125
ELISA.	167
SANTIAGO “TOMINEJO”	189
MERCEDES	213
TENIENTE “PÁEZ”	239

PREFACIO

Unas indagaciones relativas a la génesis de los hábitats y al proceso urbano del país, nos llevaron a examinar las peculiaridades de los pueblos originados en la colonización de baldíos de vertientes, y nacidos entre 1850 y 1940. Aclarada una periodización interna del fenómeno (con tres corrientes y modalidades, tanto espaciales como sociales), seleccionamos una gama tipológica representativa de centros urbanos. Eso con el objetivo de profundizar el trabajo por medio de unos estudios de caso. Se eligieron varias localidades, entre ellas Manizales, Armenia y Pereira, Sevilla y Caicedonia, Bahía Solano y Villarrica (Tolima).

Pero en el último pueblo mencionado, durante las observaciones «in situ», surgió sorpresivamente un hecho que se apartaba por completo de nuestro tema y que, por lo tanto, no figuraba en el programa de labores; un acontecer por lo demás casi desconocido, así como sus protagonistas. Y estos querían relatar algo que impactó su vida o cambió sus rumbos. Los escuchamos, recibimos sus testimonios, y los transcribimos; aceptando este modesto papel de escribanos nos limitamos a registrar y consignar, no más. Hoy pensamos que este texto permite conocer y medir lo que fue un acontecimiento de alcance nacional, aunque casi ignorado; esta tragedia colectiva que los campesinos del Sumapaz, de Cunday, Pandi, Icononzo y Viotá, Cabrera, Prado y Natagaima, Dolores o Colombia llaman aún *la Guerra de Villarrica*.

Las desventuras posteriores del manuscrito nos parecen particularmente patéticas. El texto, en el ambiente del estado de sitio, fue sucesivamente y por los más diversos pretextos, rechazado en cuatro empresas editoriales bogotanas. En otras dos no alcanzó a pasar la puerta y se descartó sin lectura previa. No obstante, algunos historiadores del siglo XX nos pidieron una copia y la usaron con nuestra aprobación. Dos ejemplares circularon así, de mano en mano, pero nunca regresaron a nuestro escritorio. Pasando el tiempo tuvimos la grata sorpresa y por lo menos el consuelo, de encontrar menciones del manuscrito en varios ensayos sobre temas afines: los autores, con suma elegancia citan un texto inédito; inclusive sepultado, ya no en las memorias de los actores, pero sí en un cajón del escritorio.

Celebrándose los cuarenta años del estado de sitio, volvimos a leer el texto. Lo encontramos hoy sin una sola arruga; inclusive más útil y vigente que nunca.

Cali, octubre de 1989

INTRODUCCIÓN

VILLARRICA, MODELO Y EXCEPCIÓN

Desde su génesis, hacia 1925, hasta su epílogo, antes de 1960, el caso de Villarrica ilustra el proceso y la trayectoria de la colonización cafetera de baldíos de vertientes en Colombia. El círculo se cierra en menos de treinta y cinco años. Un mismo ser lo vive en su desde el origen cuando llega a adolescente hasta su finalización, cuando están creciendo sus nietos.

Así, la colonización de Villarrica alcanza la dimensión de un caso excepcional y modelo, porque en el mismo período se dio un proceso similar en cien lugares de las cordilleras: llegada de peones, aparceros o terrazgueros en busca de tierras propias, penetración en la selva, desmonte, siembras de economía doméstica de subsistencia, plantación de cafetos, fundación de la plaza de mercado y del primer poblado, evacuación del producto hacia los mercados de exportación, arremetida de especuladores y usurpadores oculta detrás de supuestas disensiones políticas. Este ciclo que Darío Fajardo caracteriza así: migración-colonización-conflicto-migración-colonización.

Pero se toma excepción por el carácter original y novedoso de la contienda. Después de un siglo de disputas de linderos bautizadas «guerras civiles», enfrentando dos generales politiqueros terratenientes, con sus respectivos ejércitos de peones harapientos y *juanas-descalzas*, en Villarrica —por primera vez en la historia del país— el conflicto se desborda escapa de la iniciativa y del control de la clase dominante.

Por primera vez irrumpe en masa numerosa, como actor mayor de edad y lúcido, el pueblo trabajador del campo. Y enseguida se manifiesta cambiando las viejas reglas del juego: ¡elabora las suyas!

El campesinado se apropia del escenario tradicional de la vieja historia y la derrumba. Es más, pretende con orgullo hacer historia por cuenta propia.

Desde 1946 hasta 1960, quizá Villarrica sea el único lugar del país en donde el campesinado rechazó el chantaje. No huye. Supera el terror suscitado por genocidios, se organiza en sus tierras, decreta la auto-defensa. El colono se arma y defiende su familia, sus parcelas y años de trabajo, en una guerra de varios años. Y esta defensa armada del hábitat y de las tierras conduce a una estrategia militar novedosa. Que sepamos, por primera vez en la historia del país, se libra una guerra prolongada de posiciones fijas, con un frente estabilizado constituido por líneas defensivas establecidas en profundidad con servicios de intendencia, de transmisiones, médico, etc.

En 1955 el Estado Mayor del Ejército elabora un plan relámpago para ocupar Sumapaz y el Oriente del Tolima. El 5 de abril se inicia Operación Tena-za, que debería concluir el mismo día. Pero esta guerra se prolongaría más de tres años...

Y no le pueden perdonar al campesinado tolimense los dictadores de la época que resista a la expulsión, enfrentando una operación que en otros lugares ha dado magníficos resultados. Y se hace evidente el objetivo lograda la expulsión, el Ejército no persigue a los campesinos ¿Para qué? Ya fueron desalojados de las pendientes y de los pequeño valles transversales tan fértiles; ya se recuperaron las tierras templada de laderas, las zonas cafeteras... Se “salvó la cosecha...”

—¿Y con la desarticulación del frente campesino desapareció el miento agrario armado?

Contesta un combatiente de Villarrica:

—...algunos guerrilleros decían que el movimiento armado se había dispersado. Pero otros compañeros dijeron que no, que se regó...

Y otro combatiente aclara:

—De ahí en adelante, el movimiento armado ya tomó otro rumbo...

Eso es Villarrica, esta dualidad: un conflicto repetido que se vuelve un arquetipo clásico y al mismo tiempo una guerra social y militar de nuevo tipo, con un contenido original, por medio del cual se innova y se rompe con los esquemas del pasado. Villarrica es, ante todo, un salto cualitativo, que parte en dos la historia de los conflictos sociales agrarios en Colombia.

Frente a esta situación sorpresiva, la oligarquía queda desconcertada. Se da cuenta que perdió tanto la hegemonía como la iniciativa. Su pánico explica la magnitud y los excesos de su reacción. Quizá la campaña militar de Villarrica sea la página más inclemente y vergonzosa de esta guerra que desató la oligarquía colombiana contra el campesinado a partir de 1946. Guerra que según el expresidente López Pumarejo causó 240 000 víctimas entre 1947 y 1953; con un balance total evaluado en 300 000 muertos para el primer período, 1946-1958.

¿CUÁL HISTORIA?

La destrucción física de cada cuerpo implica también la desaparición total de esta parcelita de historia universal que fue la vida del ser desaparecido. Cuando este destino individual alcanzó a ser parte significativa de un actuar multitudinario —y sobre todo si el muerto no pudo expresarse y dejar huellas escritas— entonces un fragmento de la historia de todos se pierde irremediamente. ¡Así la Historia queda incompleta; no se ven las grandes oleadas del movimiento social!

Eso facilita la labor de los adulteradores, de los mercenarios de la bibliografía histórica. Desaparecidos los testigos, sepultados los protagonistas, no hay quien proteste y cuestione. De ese modo, es fácil convertir las ideas de unos en el pensamiento de todos.

Posteriormente, difundida en forma hegemónica la versión que dan los dueños de la producción material y de ideas, es casi imposible derribarla. Penetró los cerebros, en forma indiscutida, la versión de los malabaristas.

Y eso nos recuerda varios casos de tergiversaciones similares. Hace poco, indagando sobre la fundación de otra Villarrica, la caucana, nos llamó la atención cómo los hijos de los protagonistas, unánimemente, atribuían las cesiones de las tierras del poblado a la caridad cristiana de los latifundistas. Hasta que un viejo, ya en el umbral de la tumba, habló. Luego habló otro anciano y otro. No repetían lo que se les había dicho, relataban lo que habían

vivido. Y el obsequio de la generosa señora payanesa se convirtió en un largo combate, concluyendo con la expropiación revolucionaria de las tierras.

¿Qué significado tiene eso? Que no solamente la ideología dominante había logrado imponer su versión del acontecimiento, sino que inclusive los hijos de los actores habían adoptado esta explicación, contra su clase, su ideología y sus valientes padres. No tenían historia propia sino la historia «prestada» e impuesta por la oligarquía. Uno escribe lo que cree: luego todos creen lo que uno escribió...

Afortunadamente, en Villarrica sobrevivieron al hambre y al napalm testigos presenciales. Basta recorrer con sus relatos la trayectoria de una vida, cuarenta o cincuenta años, para ligar los dos extremos temporales; el conflicto de 1928 y su desenlace del año 55. Y restablecer la verdad.

Entonces sobran “las disensiones entre liberales y conservadores”, “la crueldad atávica de los ancestros pijaos”, “la violencia bipartidista”, “el derrumbe parcial del Estado”, o veinte teorías más... queda al desnudo una guerra agraria, expresión aguda de las luchas sociales en el campo, enfrentamiento de los latifundistas y exportadores cafeteros —apoyados por el aparato estatal—, al proletariado campesino y los colonos; todo eso inscrito en un momento histórico mundial caracterizado por un combate crucial entre el capitalismo y el socialismo.

Desde el ángulo de la lucha de clases en el pampo, el destino de Villarrica se inscribe sobre una línea recta ascendente, con una lógica interna implacable, uniendo génesis y decadencia; desde la penetración de los desmontadores de baldíos selváticos ocupando latifundios en 1920-30, hasta el estallido final, con su derrota, su masacre y su expulsión, en 1955.

Los autores intelectuales del holocausto, una vez pactado el reparto del botín y del poder, se dedicaron a escribir su versión de lo que sucedió, en descarada falsificación y anestesia mezclada con amnesia; sin olvidar escupir, de paso, sobre los cadáveres de sus víctimas.

Es eso lo que quiere decir uno de los entrevistados cuando declara:

—La verdadera historia no está en los libros, está en nuestra memoria.

Esta frase legitima nuestro trabajo y justifica este texto. Nuestro único anhelo es rehabilitar a los muertos, dar a su voz el eco que merece, restituirles su memoria a los vivos. Esto para que la historia de los eternos callados no se quede sepultada bajo la tierra de Galilea, sus recuerdos tapados por la lama y su memoria vuelta polvo. Queremos que en un libro hecho por ellos, salgan de su largo mutismo forzado, que hablen con su voz propia, y así quede por lo menos consignada «la verdadera historia».

EL CALEIDOSCOPIO

El caleidoscopio es un invento particularmente tramposo y diabólico, pues este aparato combina una total ilusión con la máxima objetividad, deformando siempre la realidad y al mismo tiempo mostrándola bajo mil ángulos en una sucesión heterogénea de mosaicos.

Este texto actúa, y se debe manejar, a la manera de un caleidoscopio.

En estas páginas de historia testimonial cada protagonista cuenta Villarrica a partir de su experiencia vivencial y del impacto del acontecimiento en su vida y en su memoria. Cada actor presenta la faceta que le correspondió, su vivencia de un hecho, la parte que le tocó; lo que vio y presenció, captó, experimentó, vivió. Y así describe una parcela de historia que fue, y sigue siendo un pedazo de su vida, profundamente arraigado en su ser, a veces con el doloroso recuerdo de plomo o de hierro que todavía tiene incrustado en su carne.

Cada testigo es un ser humano común y corriente, de sangre y huesos, con luces y sombras, con su trayectoria propia, pero con su biografía impactada por el fuego y perforada por la balas de un acontecimiento histórico. Entonces cada uno aporta al caleidoscopio un momento; no más que una imagen, a lo sumo una secuencia. Uno combatió en Guanacas mientras otro estaba preso en el pueblo. Una estaba en la “cortina”, el fusil en la mano, mientras otra daba el pecho en una caleta del monte... La historia de Villarrica no cabe en un solo ser; no puede estar contenida, en toda su magnitud, en un solo testimonio. Por el contrario se va despejando progresivamente, se va tejiendo poco a poco, a medida que hablan distintos protagonistas del acontecer.

Durante una entrevista surge un tema, un lugar o un personaje, al final queda apenas esbozado. Pero más allá, este mismo lugar se precisa, diseñándose sus contornos, o la silueta del personaje toma fuerza, por medio de otro

testimonio. Así, poco a poco se abre el abanico, se va ampliando el acontecer, su magnitud en el tiempo, su extensión territorial, su duración, su intensidad y su complejidad.

Los destinos individuales se cruzan en las trochas, se encuentran en la plaza del poblado o en la trinchera, se entrelazan y se tejen; terminan construyendo la historia colectiva del campesinado del oriente se en los años 40-60.

Pasando de un relato a otro, el lector va moviendo el caleidoscopio y llegando a la última página ha adquirido la visión desintegrada y múltiple de una totalidad. De secuencia en secuencia, se alcanzó un fresco; una síntesis.

Entonces puede meditar y reflexionar sobre esta tragedia e infamia que fue la guerra de Villarrica.

En cuanto a nosotros, nos limitamos a construir el caleidoscopio. A actuar como escribanos: registrar y consignar nada más. Hasta se optó por respetar el lenguaje de los entrevistados, sus provincialismos verbales, sus barbarismos idiomáticos, sus fallas de memoria, sus errores de nombres, fechas o lugares.

Y no es que seamos aficionados al folklorismo o al costumbrismo, sino que asumir esa actitud era capital para cumplir con nuestro objetivo inicial: que la historia hecha por ellos, la transmitan ellos.

TESTIMONIOS

COMANDANTE BALTAZAR FERNÁNDEZ

Hasta donde la memoria me puede ser fiel, es con mucho gusto que le puedo relatar este aspecto de la lucha del movimiento agrario en nuestro país. Tú sabes que en el año de 1953, el 13 de junio, se produce el golpe militar del general Rojas Pinilla, y el desplazamiento, digo yo aparente, del gobierno conservador, presidido primero por Ospina Pérez, luego por Laureano Gómez, y después por Urdaneta Arbeláez. Al producirse este golpe de Rojas, éste hace un llamado a la paz y la concordia entre los colombianos. Porque naturalmente, como jefe de la represión, que había sido en los años inmediatamente anteriores, él sabía que el pueblo colombiano estaba cansado de la violencia. Y lógicamente era una violencia en la cual los de abajo habían recibido los golpes de los de arriba, me refiero a términos de clases. Los trabajadores de la ciudad y del campo habían sido golpeados fuertemente por la reacción. Una reacción, no diría yo conservadora, sino de la oligarquía, es decir de la gran burguesía y de los latifundistas. Que no necesariamente son liberales con exclusividad, sino que están en los dos partidos. Aunque el gobierno se autocalificaba de conservador, en él colaboraban dirigentes liberales. Y estaban algunos de ellos en este gobierno que cayó el 13 de junio.

Entonces Rojas Pinilla, interpretando muy hábilmente en aquel momento este sentimiento del pueblo, llamó a la concordia y se asesoró de los medios de comunicación de masas, escritos y hablados, pertenecientes a ambos partidos. Y éstos le colaboraron de muy buen grado, para desmontar al

movimiento guerrillero que en aquel momento tenía como 47 o 48 frentes regados en todo el país. Y comenzaban a pasar a una ofensiva que de haber continuado hubiera desestabilizado en corto tiempo al gobierno de entonces. Eran cerca de 50 frentes, varios en los Llanos Orientales, varios en Antioquia, otros en el Magdalena Medio, varios en Santander. Otros en el Tolima, en el norte, en el centro y en el sur. Había frentes en Cundinamarca, en el Valle, y en otros lugares del país.

Las guerrillas liberales que habían sido organizadas algunas por iniciativa de los jefes de este Partido, y otras como reacción contra la violencia, se habían ido al monte, pero conservando sus sentimientos liberales y el acatamiento a las directivas de su partido. Entonces todas fueron las primeras en responder al llamado del gobierno de Rojas recién instalado y a los requerimientos que les hacían sus jefes, desde las páginas de *El Tiempo*, de *El Espectador*, y otras revistas y semanarios del Partido Liberal.

Algunos de estos guerrilleros liberales, sobornados por el gobierno, hicieron causa común con el Ejército para perseguir y entregar a las autoridades militares, o para asesinar a los guerrilleros que bajo otra influencia, la influencia de los comunistas, no quisieran entregarse ni entregar las armas.

Es en aquel momento en 1953, cuando se produce la primera confrontación en la práctica de la validez de las orientaciones del Partido Comunista. El Partido Comunista, inmediatamente después del golpe, vio con mucha claridad la maniobra de largo alcance que se estaba perpetrando en el plano político. Porque Rojas Pinilla, como lo demuestro poco después, no representaba ningún cambio en la situación política colombiana. Nada de fondo, sólo fue un cambio de forma.

El imperialismo reforzó sus posiciones y desde luego apoyó el golpe, lo apoyó desde antes. La burguesía liberal había perdido toda esperanza de recuperar el poder para su partido por el camino de los *putsch*, *asonadas* o *aventuras*, que estaba orientando desde el asesinato de Gaitán. Y vio con muy buenos ojos la instalación del gobierno de Rojas. Hasta lo calificó como «un golpe de opinión». Uno de sus más destacados dirigentes, precisamente paisano mío, y algo familiar, dijo que lo que había producido no era un golpe militar sino un golpe de opinión. Y con eso estaba abriendo ampliamente las compuertas para que el pueblo colombiano siguiera y creyera en el gobierno de Rojas Pinilla, en su primer tiempo. Ese personaje se llama el doctor Darío Echandía.

En estas condiciones, las guerrillas orientadas por los comunistas, porque desde su surgimiento habían participado en la organización de este movimiento, ubicado principalmente en el sur del Tolima, aunque también en otros lugares, vieron que el gobierno de Rojas Pinilla no representaba ningún cambio, ni revolucionario, ni democrático, ni siquiera para el país.

Entonces fue cuando estas guerrillas decidieron no entregarse ni tampoco entregar las armas. Aunque sí tomaron la determinación de desactivar al movimiento armado; no volver a la actividad militar. Tomamos la decisión de convertir el movimiento armado en un amplio movimiento político de las masas campesinas. Incorporarlo al amplio movimiento de acción política de las masas campesinas que eran el apoyo natural, político, moral, económico y logístico de la guerrilla. Así se decidió, esconder las armas y no prestarse para ninguna provocación, y participar en la corriente que por aquel momento afloró en todo el territorio nacional; la corriente de paz y de normalidad democrática que el pueblo esperaba del gobierno de Rojas.

Como sabes, aun año escaso, se produjo esta provocación deliberada del gobierno con la masacre de los estudiantes en la carrera séptima. Allí comenzó a reinstalarse en Colombia la política seguida por los gobiernos anteriores, desde Ospina Pérez; la guerra fría, el anticomunismo, esta política de persecución contra la clase obrera, de división del movimiento popular desde el mismo gobierno. Línea que había sido abandonada transitoriamente, pero que se reanudó en junio de 1954.

Ahora bien, naturalmente este movimiento guerrillero del sur del Tolima estaba dividido en dos tendencias. Una parte era liberal, la del extremo sur del departamento. Actuaba bajo la dirección de Gerardo Loaiza y de sus hijos, de los hermanos García, de los hermanos Rada, de los hermanos Marín y de otros combatientes liberales de origen campesino. Entonces ellos como liberales decidieron entregar las armas, desactivarse, así, sin expresar reivindicación alguna. Así se lo exigían las altas esferas de su partido. En cuanto a las guerrillas bajo influencia comunista, decidimos elegir un camino diferente, el que ya le conté: lucha de masas, lucha agraria, de organización, y también reforzar algunos de sus frentes en los lugares más importantes.

Entonces fue cuando nosotros realizamos una conferencia que tuvo lugar en octubre de 1953 en el municipio de Natagaima. Se organizó en medio de inmensas dificultades y de intensa persecución por parte de grupos de antiguos guerrilleros liberales. Eran ex-guerrilleros andando ahora y